

CALLE VEINTIUNO DE MAYO (Ex Calle de la Neveria)

LA CALLE empezó por tener el nombre del contador Antonio Azócar, su principal vecino, en 1616. Pero, cuando las costumbres impusieron el color local, se llamó "de la Pescadería", pues en la plazoleta donde estaba el quiosco de flores, y a lo largo de la calleja estrechada por los contrafuertes del templo de Santo Domingo, se establecieron las primeras ventas de pescado. Los jueves era el día consagrado para el expendio, en vísperas del ayuno siguiente, y, como el pescado tenía un derecho municipal, sólo en esa vez se permitía su venta. Al atardecer, en la hora en que el esquilón de la Catedral comenzaba a llamar a "Escuela de Cristo", poblábase de rumores la calleja, escuchándose por todas partes el grito: "¡A pescado!, ¡a pescado!" Los clientes en su mayor parte legos y magnates, acudían presurosos a la plazuela a abastecerse en las chiguas costinas. Sabían que en los días de vigilia se expendía en escasa cantidad en el mercado, no siendo permitido venderlo en otra parte, y mucho menos en las calles, donde los revendedores eran perseguidos por los alguaciles. En el apiñamiento, solían los legos de los conventos apoderarse de las chiguas enteras para hacer granjería de su venta, produciendo su audacia alboroto entre el poblado que no podía pagar el subido precio que ellos pedían. El trajín de los muleros y la lucha de los compradores formaban tal rebujiña y clamoreo, que los magnates preferían pagarles a los legos la diferencia con tal de regresar antes que obscureciese, arrastrando por la vereda, con donairosa elegancia, las sabrosas corvinas cuaresmales de Papudo o los enormes congrios de Cartagena.

La calle, que en tales días cobraba tanta vida por su comercio, en otros se hacía tétrica por las procesiones de ajusticiados que pasaban en dirección del camposanto de la Caridad. Entonces eran tan numerosas las víctimas que hacía el crimen en la capital, que el muy poderoso caballero Cano de Aponte, a la sazón Gobernador del reino, secundado por el corregidor don Juan Jerónimo de Salas y la Cofradía de San Antonio de Padua, construyó una capilla y camposanto de la Caridad para adoctrinar a los detenidos en la cárcel y enterrar a los que morían por el puñal o la horca.

La inauguración de este cementerio, situado a dos cuadras de la Plaza Real, tuvo lugar el día 9 de julio de 1726, trayéndose en procesión del cadalso vecino, con gran aparato de alguaciles, a toque de caja, el cuerpo de un ajusticiado que venía delante del caballo de un ayuco para recibir cristiana sepultura. Era el de un famoso bebedor que, cuando se emborrachaba en las bodegas, tenía la costumbre de sacar a relucir un enorme y afilado "cuchillo belduque", para trabar pendencia y dejar tendido de un golpe a más de un conmillitón.

Después escapaba a los alrededores, sin ser hallado, hasta una noche cualquiera en que volvía a dar cuenta de otra mortal cuchillada.

La Caridad, un siglo después, se transformó en un taller de huérfanas, y donde estaba el enterratorio se levantó una gótica capilla que, en los años de 1920 al 25, fue centro de moda de los rumbosos matrimonios de la capital. El contraste necesitó dos siglos de gestación, y los felices desposados que ayer salieron del templo, bajo el arco de rosas de la marcha nupcial de Mendelssohn, para comenzar la vida, ignoraron que allí era donde antes ésta terminaba. La monjitas de la Caridad, sin embargo, supieron ganar las gracias espirituales de la piedad con los cofrades de San Antonio de Padua, repartiendo dones y

ternezas que sus manos beatísimas no disimularon al fabricar las tortas de novia y de bautizo, las castañas y chaguales confitados, como las ponderadas empanadas domingueras, donde más de una vez hicimos cola esperando la segunda hornada matinal.

La antigua calle de la Pescadería en el siglo XIX cambió su nombre de pila. En los primeros tendales, entrando por la Plaza de Armas, se habían establecidos numerosos vendedores de nieve, y en las épocas del verano la ciudad entera venía en busca de los blancos trozos que de la cordillera de Las Condes traían las recuas de mulas en sus chiguas apretadas de paja. El hielo entonces no se conocía, y por tal motivo, las dificultades del viaje hacían de la nieve una cosa muy apreciada, vendiéndose al peso en enormes balanzas cuyos platos de cobre pasaban en constante barullo y tintineo. Las nuevas generaciones, sabias ya en la fabricación de los refrescos y de los helados, le dieron por segundo nombre uno que evocase más el encanto de los blancos y purificados trozos de agua de la cordillera, llamándola "calle de la Nevería".

Otro lugar que está íntimamente vinculado a la historia de la calle era la Plaza de Abasto (Mercado Municipal), que se inauguró con una exposición y un gran baile en las postrimerías del siglo pasado. En ese mismo terreno, que perteneció al convento de los dominicos, estuvo antes la plaza del Basural, donde después se colocó el rollo.

El nombre de "21 de Mayo" que tiene ahora está destinado a glorificar una de las epopeyas más grandes de nuestra historia naval; pero quien pase por allí y sepa extraer el tufillo que dejaron nuestros abuelos en los numerosos baratillos y tendales, encontrará aún un residuo lejano de la antigua y popular "calle de la Nevería".

Fuente:

Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu